



EN MOMENTOS ASI...

“»La paz les dejo, Mi paz les doy; Yo no la doy como el mundo la da. No dejen que su corazón se turbe y tenga miedo.”

Juan 14:27 RVC

Estas palabras de Jesús a Sus discípulos -precisamente unas horas antes de ir a la cruz-reflejan en primer lugar Su profundo y gran amor que trasciende la preocupación por Sí mismo y a cambio pone en primer lugar la necesidad de Sus discípulos. La actitud de Jesús nos manifiesta también lo que es realmente estar en paz, y no dejarse perturbar por las circunstancias.

Jesús ofrece a Sus discípulos la paz que necesitarían en Su ausencia. Ellos enfrentarían persecuciones, peligros, y circunstancias muy difíciles, pero en medio de todo esto, podrían experimentar Su presencia y Su paz aunque no estuviera ya físicamente con ellos -la promesa de Su Espíritu Santo-. Con Su paz no solo no tendrían miedo sino también tendrían el poder para pensar más allá de sus propios intereses y llevar a cabo la misión que les encomendaba de anunciar Sus buenas noticias de salvación a todo el mundo.

Hoy, al igual que los discípulos de Jesús experimentamos amenazas, peligros y desafíos. Pero de igual manera, también la paz de Jesús está disponible y vigente para Sus seguidores en todo momento y condición.

La vida “bajo este lado del sol” está llena de desafíos.

Vivimos rodead@s de bellos océanos con fuertes olas y mareas, hermosos desiertos con buitres acechantes, verdes montañas con desfiladeros y animales salvajes, azules cielos con nubes tormentosas. Y claro, ahora vivimos en un bello planeta, pero enfermo y amenazado por el COVID-19.

Alguien dijo muy acertadamente: “Paz no es ausencia de problemas sino presencia de Dios en medio de los problemas”. Ante nuestra realidad y problemas que enfrentamos, Jesús nos dice: “Mi paz les doy”. Entonces, ¿Cómo es esa paz que Jesús nos da?

Es una paz interior viva, que revitaliza, fortalece y se moviliza hacia la esperanza y el sentido de misión. No es una paz de sepulcro, ni una paz ausente de amenazas, conflictos ni peligros. No es una paz externa ni pasiva, que niega la realidad repitiendo como mantra “que no pasa nada”, cuando sí está pasando y lo que está pasando produce turbación y miedo. La paz que Cristo nos ofrece es la certeza de Su presencia, dirección y protección más allá de las circunstancias por más difíciles que sean. Es una paz completamente diferente a la que el mundo nos da. Es una paz profunda del corazón.

A cambio, la paz que el mundo nos da, es una paz circunstancial. Está basada en la seguridad de una estabilidad económica, una salud robusta, una familia “perfecta”, “un millón de amigas” (“likes”) y en

general, tener la sensación de que “todo está bien” y bajo control. ¿Pero podremos tener paz en algo que tarde o temprano desaparecerá o sencillamente es “un espejismo” de lo que es la verdadera paz?

No busques la paz en las cosas efímeras que el mundo te ofrece. La paz de Cristo no solo te permite disfrutar las circunstancias favorables sino también es mucho más fuerte y profunda que cualquier situación adversa que podemos enfrentar. Es Jesús mismo morando en el corazón. Él está en nosotr@s en medio de las pruebas que en este mundo, -que no es el cielo todavía- nos sobrevienen. En medio de la escasez económica, Jesús te dice: “Mi paz te doy”. En medio del divorcio Jesús te dice: “Mi paz te doy”. En medio del conflicto y la ruptura de relaciones significativas, Jesús te dice: “Mi paz te doy”. En medio de la separación y aún la muerte de seres queridos, Jesús te dice: “Mi paz te doy”. En medio de la soledad e incomprensión, Jesús te dice: “Mi paz te doy”. En medio de la enfermedad, Jesús te dice: “Mi paz te doy”. En medio de la incertidumbre y el miedo, Jesús te dice: “Mi paz te doy”. En medio de cualquiera que sea tu dificultad, Jesús te dice: “Mi paz te doy”. ¡Jesús es nuestra paz! Aunque la turbación y el miedo sea nuestra reacción natural ante la amenaza, ciertamente no ha de enseñorearse de nosotr@s porque la paz de Cristo es más poderosa y fuerte que esa turbación y miedo, si confiamos en Él.

Cristo morando en tu vida te ofrece la paz que el salmista compara con la que experimenta el bebé recién amamantado en los brazos de su madre. Salmos 131:2 NVI. El bebé plácidamente reposa en la seguridad de su protectora que le abraza y sostiene, y le tranquiliza con el familiar latido de su corazón amante. Así es la paz de Cristo: es la seguridad que podemos tener aun en medio de las tormentas de la vida porque sabemos que somos amad@s, sostenid@s y protegid@s por Jesús, el Príncipe de paz.

Nuestro corazón se turba y tiene miedo fácilmente. El antídoto para el miedo es la paz que surge de la confianza en Jesús. Cuando tengo miedo, en ti confío dice el salmista. Salmos 56:3

EN MOMENTOS ASI, Jesús te dice: No dejes que se turbe tu corazón y tenga miedo. Mi paz te doy. En Mí puedes confiar y descansar.

Que la certeza de Cristo morando en tu corazón te de Su incomparable paz. ¡Él está contigo! ¡Y NUNCA te dejará! En Él puedes tener paz.

EN MOMENTOS ASI, si aún no le has abierto tu corazón a Jesús, acepta hoy la paz de Su perdón que es el principio de la verdadera paz. No hay paz duradera si no aceptas el perdón de Dios. Solo tienes que decir de todo corazón: Señor Jesús, ven a mi vida. ¡Te necesito! Perdona mis pecados. Acepto Tu sacrificio en la cruz por TODO lo que te he fallado. Me arrepiento. Muchas gracias por borrar TODA mi deuda, mi culpa y mi pecado. Te acepto como Salvador y Señor de mi vida. Gracias Jesús porque en vez de castigo Tú me ofreces Tu amor, Tu reconciliación y Tu paz. Tú, el Príncipe de paz, lléname de Ti y enséñame a vivir en Tu paz y a proclamarla por doquier.

Que tu vida y tus palabras reflejen la paz de tu corazón, y la presencia de Cristo morando en ti. Así no solo podrás disfrutar del precioso don de Su paz sino de Su misión siendo embajadora de paz y reconciliación, como representante de Jesús.

EN MOMENTOS ASI, Señor Jesús no dejaré que mi corazón se turbe y tenga miedo. Muchas gracias por darme Tu paz como nada ni nadie me la puede dar.

Con profundo cariño y fe,

Gloria Stella 😊

Bono 😊: Romanos 5:1; Juan 6:33; Salmos 4:8; Isaías 26:3.

